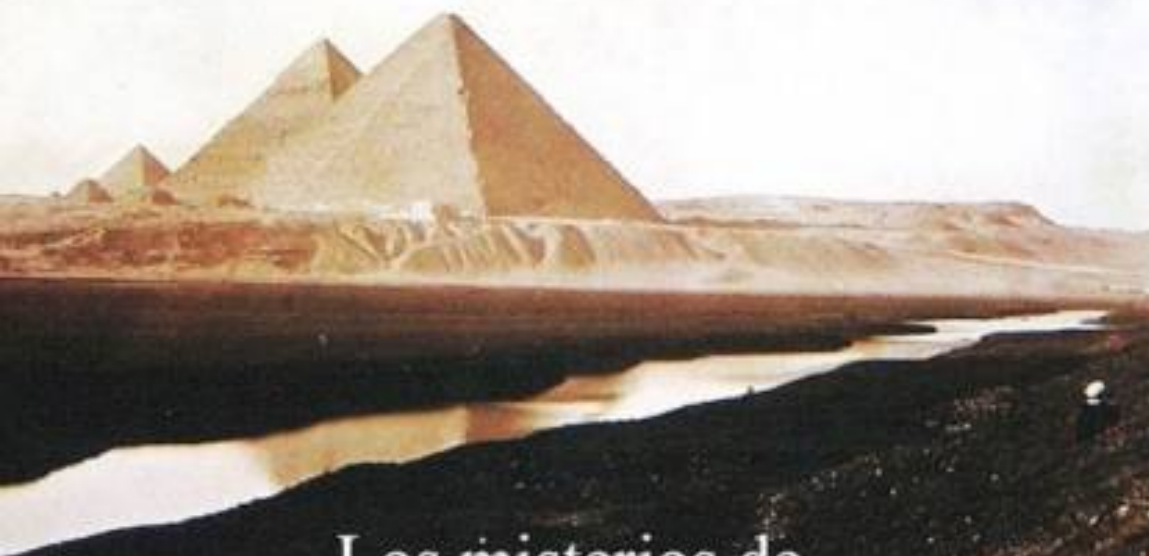


Por el autor de *La cena secreta*

JAVIER SIERRA

EN BUSCA
DE LA EDAD
DE ORO



Los misterios de
las civilizaciones perdidas

Javier Sierra ha recorrido un millón de kilómetros para desentrañar algunos de los enigmas más fascinantes de nuestra historia. Insondables laberintos escondidos en el subsuelo de Cuzco, la críptica disposición de las pirámides de Egipto y hasta mensajes informáticos ocultos en textos de miles de años de antigüedad son algunas de sus investigaciones, semillero para un buen número de futuras novelas.

En busca de la Edad de Oro explora esos misterios que la ciencia aún no ha logrado descifrar y ofrece al lector un estudio serio y accesible de las incógnitas que rodean a las grandes civilizaciones desaparecidas.

AGRADECIMIENTOS

Éste es un libro muy especial para mí. Fue gestado entre viaje y viaje, a pie de escalerilla de avión, repasando antiguos reportajes y cuadernos de notas que llevaban años aguardando a ser «resucitados» y completados, y que ahora han cumplido eficazmente su función ayudándome a revivir momentos intensos de mi trayectoria de investigación tras los misterios del pasado. Lo redacté, curiosamente, entre el primer equinoccio y el primer solsticio del año 2000, a caballo entre El Cairo y Güímar, en Tenerife, a la sombra de sus respectivas pirámides.

Y quizá no por casualidad.

Allí, junto a Robert Bauval y Graham Hancock, vibré con lo que significa dedicar una vida al estudio de los muchos enigmas que nos rodean. Ellos han revolucionado la manera de entender el luminoso legado de nuestros antepasados, descubriendo con sus obras —que comentaré oportunamente en estas páginas— la existencia de una «ciencia ancestral», capaz de levantar piedras de doscientas toneladas o de alinear monumentos con determinadas estrellas del firmamento de especial importancia espiritual. Una sensación similar —como si fuera capaz de «tocar» la fuente original de la que surgió nuestra civilización—, la tuve cuando en 1994 y 1999 viajé a los Andes con Vicente París, a quien admiro por su dedicación y empeño. Y otro tanto puedo decir de lo que viví junto a Manuel Delgado, Enrique de Vicente y Nacho Ares, que me abrieron las puertas de Egipto, junto a Roberto Pinotti, que hizo lo propio con las de Italia, y también junto a Ricardo Vílchez, en Costa Ri-

ca, a Beatriz Martín, con la que descubrí a Julio Verne en el sur de Francia, o a Rosa María Alzamora, que me inició en el Perú de la más pura tradición andina. Todos ellos, a su modo, me enseñaron a transitar por un mundo lleno de misterios, donde lo más importante ha resultado ser el saber hacer la pregunta oportuna en el momento adecuado... y tomar buena nota de la respuesta recibida.

De eso, por cierto, sabe mucho Alfonso Martínez, técnico del Centro de Investigaciones Energéticas, Medioambientales y Tecnológicas (CIEMAT), que me sacó de dudas —y me planteó otras nuevas— en más de una ocasión. Y también Andrés Blázquez, Juan Sol y Gloria Abad, su perspicaz esposa, así como Eva Pastor, los primeros lectores de *En busca de la Edad de Oro*, cuyas puntualizaciones redondearon las páginas que siguen.

Cada parte de esta obra contiene sus preguntas y sus respuestas. Muchas no son definitivas —la búsqueda es un ejercicio inacabable—, ni siquiera requieren que el lector las lea en orden, de principio a fin. Lo único que necesitará es un espíritu abierto y una mente inquisitiva. Facultad que me inculcaron mis padres desde mi infancia, con los que también estoy en deuda.

Sin las vicisitudes vividas junto a cada uno de ellos —y sin cuantas almas ha puesto el destino en mi camino en estos últimos diez intensos años, que no menciono aquí por falta de memoria y espacio— este libro sería bien diferente. Probablemente, carecería de espíritu.

INTRODUCCIÓN

El enigma «Q»

¿Quiénes somos?

¿De dónde venimos?

¿Adónde vamos?

Aquel artículo me dejó perplejo. Terminé de leerlo —ahora dudo que fuera por casualidad— mientras ultimaba los preparativos de mi primer viaje a Egipto. Corría el mes de marzo de 1995 y faltaba poco para que diera el esperado salto al país de los faraones.

Todavía hoy, cuando repaso las notas de aquéllos ya casi olvidados días, me invade cierta sensación de irrealidad. No puedo evitarlo: sus ocho páginas de apretado texto y abigarrados cálculos me abocaron entonces a la investigación de un enigma de gigantescas implicaciones, abriéndome la puerta a un campo de trabajo en el que, de alguna manera, la más pura vanguardia científica y la más remota tradición histórica se daban la mano.

Iré por partes.

El informe al que me refiero^[1] fue publicado a principios de aquel mismo año en la revista norteamericana *Astronomy and Astrophysics*. En él, dos astrónomos franceses — Daniel Benest y J. L. Duvent— se cuestionaban algo tan

aparentemente trivial como si la estrella Sirio era o no un sistema estelar integrado por tres astros.

Como digo, me sobrecogí.

Ambos expertos llevaban años estudiando las anomalías orbitales de este peculiar cuerpo celeste —el más brillante del firmamento nocturno—, y habían formulado un modelo teórico para explicarlas que partía de la hipótesis de que Sirio era en realidad una estrella triple. La noticia era, en cualquier caso, sorprendente, pues desde mediados del siglo XIX Sirio había sido considerada una estrella binaria, integrada por dos soles.

El astro se encuentra, además, a tan sólo 8,7 años luz de nosotros y pese a su relativa cercanía a la Tierra a los astrónomos les había sido imposible confirmar visualmente la existencia de esa tercera componente estelar de la que hablaban Benest y Duvent.

Sirio A es, en efecto, una estrella muy luminosa. De hecho, su brillo impidió que alguien distinguiese a su segunda compañera —Sirio B— hasta 1862, fecha en la que el astrónomo norteamericano Alvan Clarke la ubicó por primera vez con su telescopio^[2]. Clarke dedujo entonces que Sirio B era una estrella del tipo «enana blanca» y aportó la información necesaria para que otros determinaran que tardaba algo más de medio siglo —50,04 años exactamente— en completar una órbita alrededor de su hermana mayor. Es más, hasta más de un siglo después, en 1970, nadie fue capaz de fotografiarla.

Mi perplejidad, no obstante, iba más allá del simple enigma astronómico. Hasta cierto punto era lógico que me preguntara que, si tan difícil había sido demostrar la existencia de Sirio B, ¿qué otras dificultades no habría que vencer para detectar a Sirio C? Por de pronto, su descubrimiento era puramente matemático. Esto es, ni los franceses ni ningún otro astrónomo hasta la fecha habían sido capaces de detectar la tercera Sirio con instrumentos ópticos.

Pero, como digo, mi asombro no se apoyaba en aquellos cálculos. El misterio que se escondía tras este hallazgo radicaba, en realidad, en que mucho antes de que ningún astrofísico especulara con la existencia de un tercer miembro en el sistema estelar de Sirio, un antropólogo ajeno a la observación de los cielos ya sabía que ésta era una estrella triple. Su fuente de información, naturalmente, no era matemática ni astronómica. Sus datos procedían de ciertas tradiciones africanas de varios siglos de antigüedad que se referían a esa región del cielo con una abundancia de detalles tal que sólo podían ser fruto de una imaginación desatada o el producto de una revelación ancestral de origen incierto.

Y en este caso, se trataba de lo segundo. Una revelación que nuestro antropólogo recogió entre la tribu de los dogones, en Malí, y que le obsesionó hasta su muerte en 1956. Me refiero al parisino Marcel Griaule.

UN MISTERIO ESTELAR

Resumiré el enigma.

En las notas, artículos y libros de este concienzudo estudioso a los que he ido accediendo en estos últimos años^[3], figuran abundantes alusiones a la religión dogona y a su extraña insistencia en seguir la evolución de la estrella Sirio en sus cielos. A diferencia de Alvan Clarke, los dogones jamás poseyeron un telescopio y pese a ello veneraban a una «Compañera estelar» de Sirio a la que llamaban Po Tolo. El suyo, como ya supondrá el lector, distaba mucho de ser un culto superficial. De Po Tolo parecían saberlo todo. Decían, por ejemplo, que se trataba de un astro «muy pesado» e incluso celebraban unas fiestas cada cincuenta años para venerar cada una de sus grandes órbitas en torno a Sirio A. Sólo en fechas recientes hemos sabido que Sirio B es una estrella tan densa que «una cucharilla de té de su terreno

pesaría aquí cerca de un cuarto de tonelada^[4]» y que, en efecto, su período orbital es el dado por esta etnia africana.

¿Imposible?

Por si fuera poco, los dogones refirieron a Griaule la existencia de una tercera «compañera» a la que llamaban Emme Ya, de la que dijeron que era «cuatro veces más ligera» que Po Tolo, y que también emplea medio siglo en completar su órbita alrededor de la mayor de sus hermanas.

Los dogones se convirtieron en una pesadilla para Griaule casi desde su desembarco en África. Y con razón. Este antropólogo de aspecto circunspecto y escuálido, que llegó a Malí en 1931 al frente de una misión que llamó Dakar-Yibuti, se sintió cautivado por la vida y costumbres de todas las tribus de la región de Bandiagara, y sobre todo por sus peculiares cultos astronómicos. Pronto supo que malinkés, bambaras, bozos y dogones habitaban desde épocas remotas la entonces llamada África Occidental Francesa, entre las fronteras de Malí y del Alto Volta, desarrollando una cultura autóctona compleja. De hecho, de los primeros trabajos que este antropólogo envió a París se desprendía ya que aquellas cuatro etnias habían construido una sociedad madura, organizada en torno a prolongados procesos de iniciación y regida por castas poseedoras de ciertos secretos que les hacían poderosas y respetables a ojos de su pueblo. Pero ¿de qué secretos se trataba?

Intrigado, Griaule se ganó poco a poco la confianza de los nativos y fue accediendo a misterios que ningún hombre blanco había escuchado jamás. Sus primeras expediciones se desarrollaron entre 1931 y 1939, interrumpiéndose con el estallido de la Segunda Guerra Mundial. Fue un período muy fértil para sus investigaciones. Obtuvo abundantes placas en blanco y negro de la vida cotidiana y los ritos de muchos de estos pueblos, y se trajo consigo a París máscaras, utensilios domésticos y hasta cabañas enteras

que después expondría el Museo del Hombre, en la plaza del Trocadero, en sus vitrinas.

Pero sus mejores trabajos aún estaban por llegar.

Poco podía imaginar Griaule lo que le esperaba al término de la contienda en Europa, a su regreso a Malí. En 1947, cuando el «primer mundo» se preparaba para la guerra fría, Griaule regresó a tierras dogonas. En Tombuctú reclutó a un teniente del ejército que resultaría clave en su nueva empresa, y se lanzó a una nueva campaña de visitas a la región de Bandiagara, cuna de la cultura dogona. Koguem Dolo sería su nuevo intérprete. El mejor. De hecho, se vería obligado a emplearse a fondo en su trabajo, pues uno de los cuatro linajes locales, el de los Dyon, acababa de honrar al antropólogo con el beneficio de la compañía de Ogotemmeli, un guerrero y adivino del clan que le iniciaría en los secretos que el francés tanto deseaba conocer.

Lo que aprendió con Ogotemmeli en los tres años siguientes sobrepasó con creces todo lo que había recopilado durante los dieciséis anteriores en la región. Ogotemmeli dominaba el *dogo so*, la «palabra-lenguaje de los dogon», una especie de idioma ritual que sólo conocían los integrantes de cierta Sociedad de las Máscaras que, según supo después, preservaba un antiguo saber relacionado con el firmamento y los orígenes de la especie humana.

CREENCIAS COMPARTIDAS

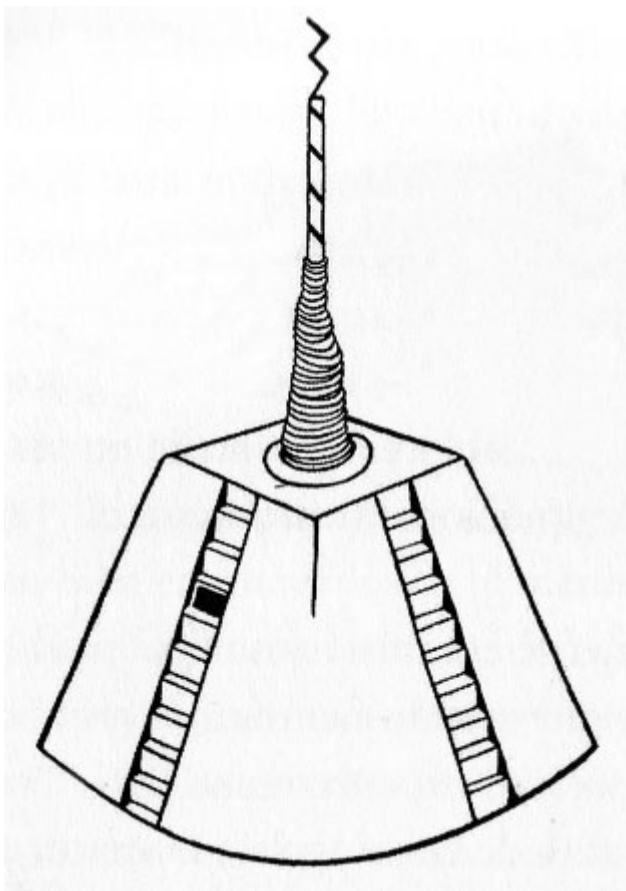
Ogotemmeli, pacientemente, explicó a Griaule que los dogones sólo tienen un dios principal. Lo llaman Amma, carece de forma definida y se le atribuye la venerable tarea de la creación del Universo. Amma creó también a las primeras criaturas independientes, a las que designó como «maestros Nommo». Según aquel iniciado de ojos brillantes, se trataba de unos seres mitad hombre mitad pez, que reci-

bieron los sagrados nombres de Nommo Diç, Nommo Titiyayne y Nommo Q.

Aspecto de Nommo Q en una clásica representación dogona. (Ilustración procedente del Archivo M. Griaule).

Hasta ahí, nada que se saliera de los cánones de cualquier religión local.

El adivino añadió, no obstante, que de éstos —especialmente de «Q», a quien los dogones consideran el padre de la humanidad— surgió una nueva clase de seres, una estirpe de cuatro «antepasados» que crearon a su vez a los primeros hombres, a los que repartieron en cuatro grandes familias. Detrás de este proceso de creación desgranado por Ogotemmel se escondía todo un drama cósmico. Ogo, el primer Nommo que descendió sobre la Tierra a bordo de un arca humeante para sembrar la vida en el planeta, pronto desencadenó el caos. Criatura impaciente y poco cuidada, el tal Ogo desobedeció las instrucciones de Amma, forzándole a enviar a tierras de África a otro Nommo para que reparara los errores del primero. El elegido fue Q, al que Amma llamó el «Nommo del mar^[5]», y terminaría siendo sacrificado en virtud a un extraño plan divino para resucitar después con aspecto humano y trayendo en su arca a los antepasados de los hombres.



Hasta sesenta «habitaciones» podían llegar a tener las arcas voladoras de los dioses Nommo que trajeron la civilización a la Tierra. Generalmente eran representadas con este aspecto troncocónico. (Archivo M. Griaule).

Fue así, después de esta familiar historia^[6], como se inició la ancestral Edad de Oro de los dogones. Q enseñó a sus criaturas los secretos de su procedencia, instruyéndoles en detalles que hicieron palidecer al antropólogo. Por ejemplo, las descripciones del arca en la que llegó a la Tierra son de una minuciosidad extrema. Dicen que se trataba de un vehículo húmedo, dotado de sesenta compartimientos, y cuyo descenso coincidió con «la dispersión de los astros en el cielo y el inicio de sus revoluciones respectivas^[7]». Se trata de una alusión que marca una fecha remo-

ta, tal vez una en la que determinadas estrellas hoy importantes comenzaron a hacerse visibles gracias al movimiento continuo de los astros en la bóveda celeste, y que nos remite a una época de la que hablaré con detalle en los capítulos venideros y que los egipcios bautizaron con el evocador título de «Tiempo Primero».

Las enseñanzas de ese misterioso Q al pueblo dogon contienen un bagaje de información científica de primer orden. Un saber indiscutible que incluso expertos como E. C. Krupp, director del Observatorio Griffith de Los Ángeles, se vieron obligados a reconocer... con matices. «Aunque no seamos capaces de identificar la fuente del misterio dogon de Sirio —escribió—, parece bastante acertado pensar que sus ideas astronómicas son tanto un compendio de buenos y malos aciertos como una memoria tergiversada con conocimientos astronómicos recientes con los que alguien contaminó las antiguas creencias dogonas^[8]».

UNA ENCENDIDA POLÉMICA

En efecto. Lo que sostiene Krupp, y con él una escueta lista de escépticos entre los que se cuenta el finado Carl Sagan, es que los dogones debieron de absorber sus conocimientos astronómicos de visitantes europeos que cruzaron sus territorios entre 1925 y 1935. Eso explicaría por qué los antepasados de Ogotemeli accedieron a detalles sobre las lunas de Júpiter o los anillos de Saturno sin disponer de telescopios, y por qué apenas aportaron datos sobre los planetas situados más allá de éste.

«Toda la cuestión dogona —dirá uno de estos críticos— podría ser una simple teorización, ya que los datos originales de Griaule, sobre los que se construye toda su argumentación, son muy cuestionables. Su metodología junto a su intento de redimir el pensamiento africano, sus entrevistas con un solo informante a través de un intérprete, y la

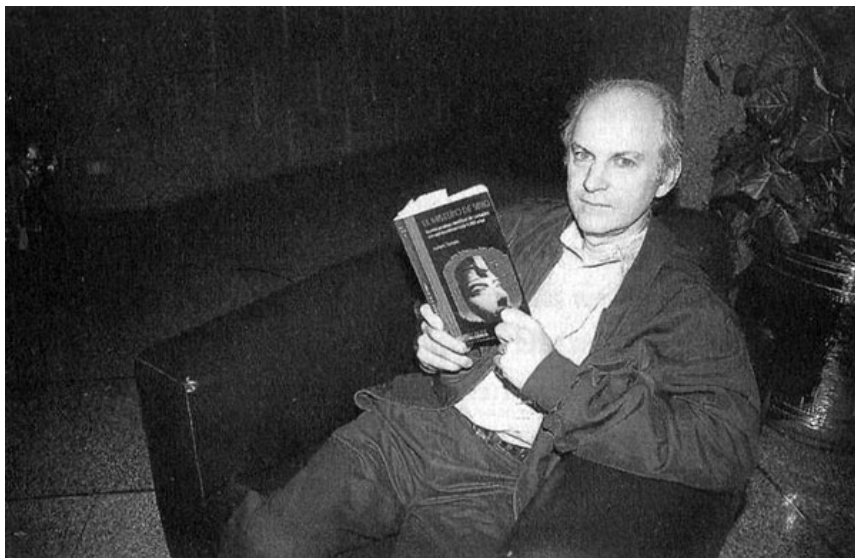
ausencia de textos en el lenguaje dogon han sido criticados durante años^[9]».

Esta hipótesis, no obstante, fue rápidamente contestada, ya que no todo se basa en una tradición oral procedente de una fuente única, sino también en utensilios de al menos cuatro siglos de antigüedad que ya representan la triplicidad de la estrella Sirio.

De hecho, probablemente nadie hubiera prestado la más mínima atención a los densos estudios de Griaule de no haber sido por la publicación, a mediados de los años setenta, del libro de un estudioso y miembro de la Royal Astronomical Society de Londres llamado Robert Temple. Titulado *El misterio de Sirio*^[10], su obra lanzó a la popularidad la idea de que podrían hallarse conocimientos muy avanzados encriptados en los mitos de sociedades primitivas, lo que demostraría la existencia de una Edad de Oro de alcance planetario hoy perdida.

Sin embargo, Temple, con quien me reuní en Egipto a principios del año 2000, llevó esa idea más lejos y terminó afirmando que «sólo veo dos fuentes posibles para resolver este misterio: o vino de una cultura desarrollada de origen terrestre cuyas huellas han desaparecido, cosa que encuentro difícil de creer, o la información llegó de una fuente extraterrestre^[11]».

La sola mención de la palabra «extraterrestre» le cerró de golpe las puertas del mundo académico, algunos de cuyos representantes se empeñaron en enterrar este misterio a toda costa. Pero no lo lograron. Muchos de los críticos no leyeron jamás los trabajos originales de Griaule —que en ningún momento interpretó o especuló con la información que obtuvo—, y se dejaron llevar por las ideas de Temple, quien vinculaba a los Nommos con el dios Oannes babilónico, una criatura anfibia que llevó la civilización a los sumerios, y a éste con una raza de extraterrestres llegados de un mundo acuático.



Gracias a Robert Temple —con quien me reuní en El Cairo en marzo del año 2000— los descubrimientos del antropólogo Marcel Griaule sobre los conocimientos astronómicos de los dogones llegaron a conocimiento de la opinión pública. Temple arriesgó lo que Griaule no se atrevió a decir: que esos conocimientos le fueron entregados a los dogones por unos visitantes de fuera de la Tierra.

Sólo en una cosa estuvo realmente acertado Temple: en sugerir que el mito de Sirio estaba en realidad vinculado a otras muchas culturas de la antigüedad, y que éstas también conocían de alguna forma el secreto de su triple naturaleza. Aunque Temple sugiere que la inyección de ese conocimiento se produjo hará unos cinco mil años, otros estudiosos —no demasiado acordes con sus tesis— han encontrado trazas de ese «saber siriano» en latitudes muy alejadas de Malí. Por ejemplo, el término iranio para describir la estrella Sirio es Tistrya, inspirado en el vocablo sánscrito Tristri, que no tiene otra acepción más que la de «tres estrellas^[12]».

¿De dónde obtuvieron los antiguos pobladores de Asia semejante idea?

Para colmo de coincidencias, en muchas de las representaciones egipcias de la estrella Sirio, a quien identifica-

ban con la diosa Isis, se representa a esta divinidad sobre su barca estelar acompañada de sus hermanas menores Anukis y Satis. Eso por no hablar del descubrimiento efectuado por el astrónomo británico *sir* J. Norman Lockyer que ya confirmó hace años la orientación de muchos templos egipcios hacia Sirio, y el hecho de que su calendario sagrado —en oposición al popular, de carácter solar— se basaba en la observación del periódico nacimiento de ésta sobre el horizonte egipcio y servía para marcar la llegada de la crecida del Nilo.

Todo esto sólo puede significar una cosa: que, en efecto, existió una fuente común para un conocimiento astronómico complejo cuyas huellas pude seguir en diversos rincones del mundo. Una sabiduría fruto de siglos de observaciones precisas del firmamento que nuestros antepasados parecieron heredar de dioses anfibios, «compañeros» de divinidades solares o mediante revelaciones de origen aún más oscuro.

Llegué incluso a pensar que sólo Nommo Q podría despejar tanto misterio, tanta coincidencia aparente, y en cierta manera la búsqueda de su poderoso legado se convirtió en mi obsesión durante algún tiempo.

El lector pronto comprenderá por qué.